

WELLES

Orson

DIRECTOR, actor, argumentista. Nació el 6 de mayo de 1915, en Kenosha (Wisconsin), Estados Unidos. He aquí una figura fabulosa, que vive en su propio mito, como en un mundo propio y extraplanetario. Pertenece a una familia para la que resulta fácil el calificativo de pintoresco, y pequeño el de excepcional. Podría situarse entre esas gentes que, en los Estados Unidos, tratan por todos los medios de lograr una personalidad extraordinaria, fuera de la serie en que trata de alinearlos la estandarización y organización de un país industrializado, incluso en lo psicológico. Su padre, hombre de fortuna, industrial e ingeniero, viajero infatigable, inventor de objetos inútiles, gran vividor, jugador, bebedor, esto último como su abuelo y como lo será su hijo. Su madre, Beatrice Ives, pianista, propagandista del sufragio femenino y encarcelada por pacifista. Los tíos y las tías de Welles tienen peculiaridades igualmente asombrosas. Orson, nombre dado en recuerdo de sus antecesores italo-hausos, nace cuando su padre tiene sesenta y

cuatro años, lo que le da un aspecto físico de gigante infantil y una inteligencia precoz, que le califica de niño prodigio. Lee y escribe a los cuatro años, sabe de memoria a Shakespeare a los siete y lo representa a los diez; toca el piano como un profesional y, a los trece, es licenciado en Letras. Ha aprendido ilusionismo con el mago Houdini y recorrido repetidamente el mundo con su padre. Queda huérfano pronto, y tres personas se disputan al niño y su fortuna, como al ciudadano Kane de su película. Quiere ser pintor; estudia con Boris Anisipich y en el Chicago Art Institute, siendo enviado a Irlanda, para perfeccionar estos estudios. Pero allí decide pasarse al teatro, y se presenta como un actor importante en su país; intenta inútilmente actuar en Londres, vuelve a Nueva York, se dedica a hacer ediciones populares de las obras de Shakespeare; de las que vende 20.000 ejemplares; escribe cuentos en las revistas y obras de teatro que no puede estrenar...

A los dieciocho años, el gran escritor Thornton Wilder le presenta a la famosa actriz Catherine Cornell, que le admite en su compañía, donde obtiene inmediatos éxitos, hasta conquistar Nueva York con su interpretación en «Roméo y Julieta»; en 1935 realiza una gran labor, como director y actor, en el Federal Theatre, fundado por el Gobierno para combatir el paro de los comediantes, y en 1937 fundó, con John Houseman, su propio teatro, el Mercury Theatre, que asombró a Broadway y ha de promover la formación de teatros populares en todo el mundo. Actúa en la radio, gastando lo que gana en ella para mantener su actividad teatral. Y en la radio alcanza su renombre nacional, con una emisión de «La guerra de los mundos», según Welles, que desde el 30 de octubre de 1938 aterroriza a la nación, con una histeria colectiva, al creer en la veracidad del reportaje. Al estallar la segunda guerra mundial se une al equipo de intelectuales del Presidente Roosevelt, le acompaña en sus campañas electorales, colabora en sus discursos, usando la Biblia como texto básico, se manifiesta anti-fascista y anti-racista. Es imposible hacer ni siquiera una sucinta enumeración de las múltiples e inabarcables actividades de Welles a lo largo de su vida; lo abarca todo, porque —como ha dicho muy exactamente Maurice Beasy— Welles es una formidable proyección unificadora de sus múltiples potencialidades.

Las puertas del cine se le abren de par en par, en condiciones excepcionales, como consecuencia de todo ello. Y allí realizará su primer film, que es una inmensa obra maestra renovadora: «El ciudadano» (véase). A continuación, «Los magníficos Ambersons» o «Soberbia» o «El cuarto mandamiento», aunque el primer título es el que responde al original. Viene a ser el prólogo histórico y social de su película anterior. Historia de una poderosa familia norteamericana, en 1865, el año en que termina la guerra de Secesión; es el final de una época,



Orson Welles

«Macbeth», de Orson Welles

oficio capaz de llevarle a un descubrimiento, etc. A este gigante de todas las actividades, a quien nada humano le es ajeno, le hubiera gustado ser un Leonardo de Vinci, plantado en la encrucijada fundamental de una época crucial y decisiva, para construir con sus manos todas las cosas. Entre ellas, un arte nuevo. Pero la época se lo niega, con la negativa a las individualidades solitarias, genuinas y poderosas. Y este es el conflicto y drama de su obra. Welles quizá sea el último gigante individualista, en un mundo megatélico como nunca, que empuja a los bombres.

PRINCIPALES PELICULAS:

Como director: «El ciudadano» (Citizen Kane), 1941; «El cuarto mandamiento» (The magnificent Amberson), «Estambul» (Journey into Fear), «It's all true», inacabada, 1942; «El extraño» (The Stranger), 1946; «La dama de Shanghai» (The lady from Shanghai), «Macbeth», 1948; «Olelo», 1952; «Mr. Arkadin» (Confidential Report o Mr. Arkadin), 1955;

«Sed de malo» (Touch of evil), 1958; «El Proceso» (The Trial), 1962; «Compañías a media noche», 1965. Todas, también como actor, excepto «El cuarto mandamiento».

Como actor: «Jane Eyre», 1944; «Sueños de gloria» (Follow the Boys), 1945; «Mishana es vivier», «Tomorrow and Forever», 1946; «Ca-gliostro» (Black Magic), 1947; «El príncipe de los zorros» (Prince of Foxes), «El tercer hombre» (The Third Man), 1948; «La rosa negra» (The Black Rose), 1950; «Trent's Last Cases», «Si Versalles pudiera hablar» (Si Versailles m'était conté), «El hombre, la bestia y la virgine» (L'uomo, la bestia e la virgine), 1953; «Napoleón», «Three Cases of Murders», 1954; «Trouble in the Glen», 1955; «Moby Dick», 1956; «Sangre en el rancho» (Pay the Devil), «El largo y frío verano» (The Long Hot Summer), 1957; «Las raíces del cielo» (The Foot of Heaven), «Impulso criminal» (Compulsion), 1958; «David y Goliat» (David e Goliath), «Ferry to Hong-Kong», 1959; «Anstetizante», «Crack in the Mirror», «Los tártaros» (I Tartari), 1960; «La Fayette», 1961; «Hotel Internacional» (The V.I.P.S.), 1963; «La conquista de un imperio» (L'ethiquier de Dieu), 1964.

VILLEGAS LOPEZ

La verdadera constitución de un país, que arranca veloz hacia una industrialización prodigiosa, lo que le dará la supremacía mundial. Y esta gran cuestión histórica está pintada a través de una de esas familias tradicionales, orgullosas de su apellido, apegadas a una existencia que ya no tiene razón de ser. No hay aquí el juego con el tiempo, que es su gran aportación en «El ciudadano», sino una narración lineal, llevada con un poder de síntesis prodigioso. Tanto poco interpretada, sino que conduce la película como narrador, con su magnífica voz, que al final dice, a modo de un trovador o de un rap-soda antiguo: «Yo he escrito y dirigido este film, y mi nombre es Orson Welles».

La película es extraordinaria, con escenas igualables. Pero, aprovechando la ausencia de Welles en Sudamérica, la productora cortó los cinco últimos rollos, que eran la historia creada por Welles sobre la novela original, y la quedó truncada. Con estas dos primeras películas, verdaderamente magníficas, Welles comenzó a crear un cine norteamericano genuino, profundo y pleno de grandezas, verdaderamente shakespeariano. Pero nadie lo comprendió, fue postergado y perseguido por productores mediocres, y la gran ocasión de hacer un auténtico cine norteamericano —más aún, un gran arte nor-

WELLES

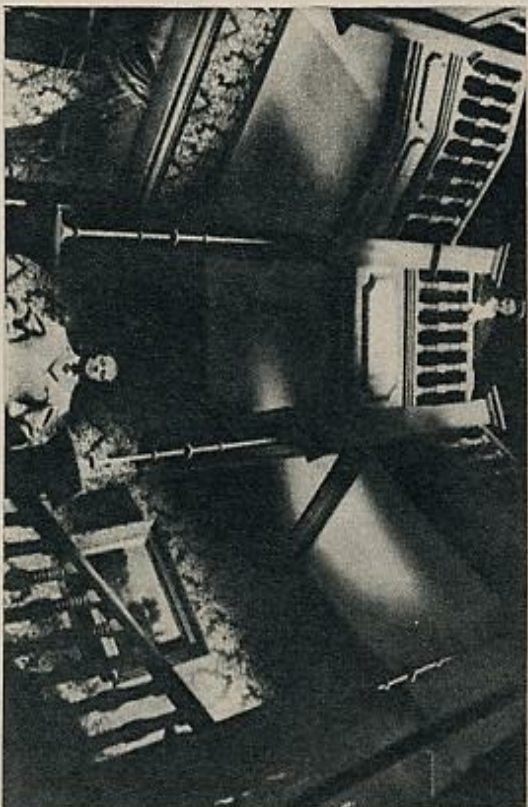
eamericano partiendo del cine — se perdió. Como se hubiera hecho un gran cine sudamericano sobre «It's all true», comenzada a filmar en 1942, que hubiera comprendido tres episodios: «Samba», sobre el carnaval de Río de Janeiro; «Jungueteros», sobre los hombres de las jangadas; «Mi amigo Benito», viejo argumento e idea de Flaherty, sobre la amistad entre un niño y un toro de Lidia. Es conocida la fantástica afición de Welles por las corridas de toros, e incluso había intentado ser torero. La película fue interrumpida y parte del material destruido o utilizado fragmentariamente en otras películas. Sus dos films intermedios, «Formada de terror» (1942) y «El extraño» (1946), son ocasionales y menores, que dirige e interpreta, pero de las que ha renegado. Casado y divorciado de Virginia Nicholson y de Rita Hayworth (véase), dirige a esta actriz en «La dama de Shanghai» (1948), hecha para obtener dinero con qué continuar su labor teatral. Historia policial banal, extraída de una novela elefanta al azar, Welles ha creado imágenes y situaciones fascinantes y, sobre todo, muy a su gusto. Entre tanto, continúa con toda clase de tareas en el teatro, la radio, la televisión y, con mucha frecuencia, como actor en películas de otros realizadores. Bajo su propia producción vuel-

VILLEGAS LOPEZ



«El criminal»

WELLES



«El esplendor de los Ambersons»

650

ve a sus fuentes originarias, a su amado Shakespeare: «Macbeth» (1948) es una película modesta, pero donde está viva toda la fabulosa potencia de aquel genio central; «Otelo» (1949-52), cuenta con más medios, hecha en estudios y exteriores de diversos países, Welles prefiere ésta, pero personalmente estando más la primera. Ambos son los mejores recreaciones de Shakespeare, con «El trozo de sangre», de Kurosawa y el «Hamlet», de Kozintsev, mucho más allá de las bolitas transposiciones de Laurence Olivier. «Mr. Arkadin» (1955), realizada en España, Francia, Alemania e Italia, es un melodrama, porque Welles ama el melodrama, pero lo que vale es el personaje que el mismo Welles interpreta, como una expresión de sus íntimas convicciones, como la manifestación viva de su gran conflicto vital. Como lo es «Sed de mal» (1958), filmada en Estados Unidos, donde el personaje de Arkadin adquiere el avatar de un policía, el que le importa más el matar en nombre de la ley, que el hacer justicia. Película desigual, pero de una fuerza total extraordinaria, que pasa desapercibida en los Estados Unidos y logra enorme éxito en el resto del mundo. Ya están aquí unos puntos capitales de las ideas de Welles sobre el mundo actual, que han de tener completo desarrollo y genial expresión en «El proceso» («Wase»). En

651

1965, Welles vuelve a Shakespeare, haciendo un resumen de obras y personajes, en «Campanadas a media noche».

Welles es un genio auténtico, que tantas veces se pone la máscara del genio, en este mundo de las máquimas y la propaganda. En alguna ocasión he escrito: «Welles, en su manifiesta de contradicciones fecundas, es un hombre de ideas, que se levanta sobre un hombre de instintos. Un ideólogo que trata de poner en orden el mundo —sobre todo moralmente—, pero que gusta, más que nada, representar este mundo y sus hombres tal cual son. Gusta narrar y representar lo que detesta, y todos sus personajes son esa contradicción entre lo que son y lo que debieron ser: el gran conflicto de lo esencialmente humano. Destaca el egoísmo, el egotismo y la violencia, pero ama todas esas cosas como la manifestación directa y primitiva de los hombres, y es lo que pinta primordialmente en sus obras. Si le fascina Goya, lo que prefiere es Velázquez. Si es un gran actor, prefiere las caracterizaciones grotescas, porque no le gusta verse en la pantalla. Si necesita encarnar héroes, con un sentido artístico y arcaico de la vida, estos héroes suelen ser unos cenizas. Cree que el cine es el gran instrumento del artista moderno, pero no le gusta en el cine más que cuando lo hace, como un